



Otros sujetos para otra historia: la historia feminista de las mujeres y del género y su interpelación crítica a las ciencias sociales

Nathaly Rodríguez Sánchez*

Introducción

Finalmente, después de vencer varias miradas sorprendidas que tomaban la forma de obstáculos y unos cuantos trámites burocráticos molestos que no lograban desprenderse del olor del prejuicio, en una mañana de 1928 Virginia Woolf pudo ingresar a la biblioteca del afamado y respetado Museo Británico para buscar entre libros a las mujeres. Desde que había recibido el encargo de escribir un ensayo sobre ellas y la novela, las ausencias femeninas la rondaban y apabullaban. Cierto es que la escritora podía enumerar de memoria a las autoras célebres, a las de cajón. ¡Qué corto era en todo caso ese listado! Pero, ¿dónde estaban las otras? las no publicadas, las no aplaudidas, las nombradas en oxímoron como anónimas, de hecho, ¿por qué el listado era tan breve? Para no caer en la miopía de la primera impresión o en la de una memoria arrogante, Woolf decidió sumergirse metódicamente entre los libros que habían sido meticulosamente seleccionados por los experimentados bibliotecarios del célebre museo londinense. Cuando por fin tuvo los tomos de historia entre las manos, a diferencia de las alusiones constantes que encontró en los poemarios sobre mujeres que eran casi ángeles y que se convertían en musas de escritores enamoradizos y nostálgicos, descubrió

*Doctora en historia por el Colegio de México. Investigadora del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana de Puebla. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México (Conacyt), nivel I. Politóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Integrante del grupo de investigación en teoría política contemporánea de la misma universidad, en la línea de investigación sobre feminismos, género y poder. Sus intereses investigativos, asumidos desde la perspectiva de la historia social, giran en torno a la historia de las mujeres, los feminismos, el género y la diversidad sexual en Hispanoamérica. Correo electrónico: 711969@iberopuebla.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7408-5439>

que —al parecer— las calles de tiempos pasados eran recorridas por unos seres de sexo femenino ocupados en tareas rutinarias y de caras siempre borrosas. Leyó los robustos índices de obras que orgullosas decían ser de historia universal y notó así el vacío que quedaba entre líneas:

[...] la guerra de los Cien Años... Las guerras de las Rosas... Los eruditos del Renacimiento... La disolución de los monasterios... conflicto agrario y religioso... El origen del poder marítimo inglés... La Armada invencible..., etc., etc. De vez en cuando se habla de una mujer individual, una Isabel o una María; una reina o una gran dama. Pero era del todo imposible que una mujer burguesa sin otra cosa que cerebro y carácter participara en alguno de esos grandes movimientos que combinados integran la visión histórica del pasado. (Woolf, 2012, p. 59)

Al ver en retrospectiva los libros revisados, Woolf dictaminó:

Leyendo primero los historiadores y después los poetas, uno componía un monstruo rarísimo: un gusano alado como las águilas; el genio de la vida y de la belleza picando grasa en la cocina. Pero esos monstruos, aunque diviertan la imaginación, carecen de existencia real. (Woolf, 2012, p. 58)

Unos cuarenta años después de esos días de la búsqueda y sorpresa de Woolf, los índices aún no se alteraban. “¿Por qué las mujeres se encuentran en un lugar de subordinación en la mayoría de las situaciones sociales?” fue la pregunta que el movimiento feminista de finales de la década de los sesenta formuló a sus participantes intelectuales y el reto explicativo asumido por ellas. Tal pregunta había nacido de la constatación dolorosa, en carne propia, que esas mujeres políticamente implicadas habían hecho de la fortaleza que tenía el machismo en esos años; una fortaleza y profundidad que le permitía alcanzar e impregnar a esa movilización multitudinaria de ciudadanos insatisfechos y decepcionados que desde mayo de 1968 se había tomado las calles para interpelar el discurso de gobiernos que se autonombaban como demócratas y defensores de la libertad pero que, al mismo tiempo, adelantaban o auspiciaban acciones bélicas (Vietnam), racistas (tal y como lo resaltaba el movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos), o colonialistas (sujeción constatada en territorios asiáticos y africanos y, desde formatos neocoloniales, en los países latinoamericanos).

No obstante sus derroteros transformadores, en las entrañas de esa protesta que prometía modelar de nueva forma, por lo menos, en el caso de las sociedades occidentales y sus estructuras de organización público-política, que prometía confeccionar un nuevo mundo, las mujeres —que hasta entonces habían participado masivamente en la movilización— se llevaron una honda decepción: a decir de Robin Morgan (recuperada por Ana de Miguel), ellas notaron que casi

siempre a las mujeres se les asignaban funciones menores en la protesta, tareas asistenciales, logísticas. En resumidas cuentas, a ellas, a las compañeras de la lucha con la que se intentaba reestructurar el mundo, se las llamaba a hacer el café y no la revolución.

La pregunta por el origen de ese lugar residual o subordinado en el que se encontraban las mujeres y lo femenino en casi todos los contextos y situaciones de Occidente nacía pues del hartazgo, pero todavía más, de la intención de hacer lo que correspondiera para evitar que tal relación de poder desigual y naturalizada entre los sexos siguiera reproduciéndose. Si las teóricas implicadas en el movimiento (p. ej. Kate Millet, Shulamith Firestone) denotaron los hilos que estructuraban la situación de poder en la coyuntura, las historiadoras interpeladas por el cuestionamiento intentaron verificar la forma en que se habían tejido tales fibras para anudar los lazos de la subordinación que se les ofrecía en el presente.

Confiadas en las certezas de su oficio, esas historiadoras empezaron por buscar con premura en los estantes de las bibliotecas y husmearon ahí entre los textos de la historia más clásica (en libros como los vistos antes por Woolf) y, todavía con mayor ímpetu, entre las hipótesis de los hacedores críticos y renovadores de la disciplina, revisaron página tras página tratando de buscar alguna respuesta satisfactoria sobre el papel desempeñado por las mujeres en el pasado y sobre la forma en que se habían constituido como sujetos de dominación. Si la historia política clásica era silente al respecto, creyeron, seguro, que Eric Hobsbawm, los historiadores radicales estadounidenses, o E. P. Thompson correrían ese velo de desinterés que impidió ver a las mujeres como actores de otras épocas o explicarían el origen o rastros de su subordinación.

Pese a la dedicación y confianza inicial, las investigadoras hallaron realmente poco en esa primera aproximación. Tras la búsqueda recuperaron solo algunas imágenes petrificadas de las mujeres: notaron que, sin importar la época revisada y la filiación ideológica de los autores consultados, en las reconstrucciones de los historiadores ellas figuraban encasilladas en los mismos roles y lugares y que por demás, casi siempre en calidad de anónimas, todas parecían sujetas a una estable naturaleza que las alejaba de la acción, de la decisión individual y de la creación y resistencia. Aparecían como madres, monjas, prostitutas, sirvientas y, constituyendo una verdadera excepción, en alguno que otro papel disruptor de ‘su lugar’; pero todas, al final de cuentas, figuraban dotadas de cierto carácter indiferente hacia las cuestiones políticas, siempre dedicadas a las labores del cuidado y silenciosas. Parecían sujetos sin historia, sobre-determinados por la naturaleza. ¡Qué poco había cambiado el perfil de los monstruos rarísimos que halló Woolf en su búsqueda!

La decepción de estas historiadoras fue similar a la de la escritora e, al igual que ella, desconfiaron del hallazgo; tal vez no podía ser de otra forma, pues en

una y otras su propia realidad contrastaba con las señaladas quietud y pasividad femenina que parecía adelantarse a la explicación de sus colegas —conclusión a la que posiblemente ellos llegaban siguiendo una suerte de reedición de los métodos de la escolástica para explicar el comportamiento y lugar social de las mujeres—. A partir de tal coyuntura y contraponiéndose a fuertes tormentas de escepticismo, estas investigadoras empezaron a moldear una nueva historia de las mujeres, aquella que buscaba recuperar la presencia de ellas en el pasado poniendo en vilo los prejuicios, es decir, una que se negaba a verlas como seres monótonos que habían cumplido las mismas funciones desde el principio de los tiempos bajo las mismas actitudes pasivas, y que se proponía reconstruir y explicar la situación de poder en la que aparecían inmersas en diferentes situaciones y contextos sociales venciendo los argumentos biologicistas. Siguiendo esa apuesta y asumiendo sus desafíos, las mujeres, lo femenino, así como los atributos que les son dados a los cuerpos y a los deseos para obtener el pase de ‘permitidos’, se fueron convirtiendo en objetos válidos de estudio.

La historia feminista de las mujeres y del género interpeló críticamente a las ciencias sociales al complejizar los parámetros clásicos con los que hasta ese momento se analizaba la jerarquía y la desigualdad social y al denotar, con un indudable posicionamiento político, la forma en que la academia ayudaba a la reproducción del androcentrismo. En palabras de Joan W. Scott, para el feminismo:

[...] la producción del conocimiento sobre el pasado, aunque de vital importancia, no ha sido un fin por sí mismo, sino más bien ha proporcionado (en ciertos momentos y no siempre al servicio de un movimiento político organizado) los términos sustantivos para una operación crítica que utiliza el pasado para dar al traste con las certezas del presente, y, así, abre el camino para imaginar un futuro diferente. (Scott 2006, p. 47)

Iniciaba así la construcción de un quehacer histórico que apostaba por dar respuestas robustas a esos ojos de Woolf que dudaron ante la presencia monótona, cuando no fantasmal, de las mujeres en el pasado. Este texto hace un recorrido por la tradición de investigación que tal propuesta disruptiva ha modelado en la historia en particular y en las ciencias sociales en general. Veremos cómo, en una secuencia de tres actos que atraviesa un poco más de cincuenta años de trabajo intelectual, se ha compuesto una robusta caja de herramientas conceptuales, metodológicas y de análisis que hoy se hacen exigibles a quienes deseen investigar la historia de las mujeres, de los cuerpos y de los deseos y realmente aportar en el intento. Nos sumergiremos así en una historia que ha tratado de aportar los ejemplares que faltaban en las bibliotecas que visitó Woolf y que, lidiando con tensiones internas, manteniendo vivo el debate teórico y apostando por la interdisciplinariedad, ha corporizado las lúcidas palabras que sobre el trabajo intelectual



colectivo esgrimió esa escritora que a inicio del siglo XX ya apuntaba la ausencia de las mujeres en las ciencias autonombradas como ‘universales’: “[...] las obras maestras”, decía, “no nacen aisladas y solitarias: son el producto de muchos años de pensar en común, de pensar en montón, detrás de la voz única” (Woolf, 2012, p. 85).

1. La irrupción de una tradición crítica: la historia feminista de las mujeres

¿Cuándo y en qué condiciones la historia de las mujeres toma la forma de una corriente crítica de estudios y, en consecuencia, de una fuente de nuevas direcciones para la mirada del investigador que acaba por alterar la fórmula con la que las ciencias sociales y las humanidades crean conocimiento? Ya decíamos antes que las académicas que dieron cuerpo a esta historia se encontraban interpeladas por la denominada segunda ola del feminismo, pero, sin duda, ellas también estaban influenciadas en sus supuestos epistemológicos por los cuestionamientos que durante la década del sesenta se formularon dentro de la disciplina en torno al oficio del historiador y la condición política de sus obras.

Como bien señala Judith Zinsser (1993), ya en los años treinta del siglo XX, Carl Becker y Charles Beard esgrimían que la reconstrucción histórica está sometida a los sesgos del historiador: este selecciona ciertos hechos para la reconstrucción narrativa del pasado, es decir, el historiador escoge los datos que le parecen explicativos y permite que cierto evento, sujeto o relación tenga —o no— un digno ingreso a la memoria colectiva. No obstante, su agudeza, la visión crítica de estos historiadores no marcó tendencia en el gremio, pues la mayoría de sus colegas se reclamaron objetivos y neutrales, al declarar que su versión de los hechos era completa y exacta debido al fiel seguimiento que hacían de los rastros disponibles en las fuentes. No sería hasta la década del sesenta cuando se anudarían, proviniendo de distintos frentes, las fuerzas críticas suficientes para auspiciar una reformulación de la disciplina: los historiadores sociales y culturales desafiaron las viejas elecciones y contenidos de la historia —apartando del centro de atención a las élites y a las huellas que de ellas quedaban (en tanto artífices) en los archivos oficiales—, mientras que los historiadores revisionistas y radicales resaltaron que en la narración de la historia tradicional aparecían motivos y usos políticos de forma implícita (Zinsser, 1993, pp. 16-17).

Quedó develado así el papel político del historiador, sobrepasando la lectura que lo reducía a un mediador que reconstruía el pasado de manera objetiva a través de los indicios materiales que quedaban de él: se aseveró entonces que estos estudiosos entregan historia —acción, protagonismo, lugar— a determinados sujetos y aspectos sociales y conforme a ello seleccionan, organizan y, en especial, interpretan el pasado (Gallagher, 2001, p. 5). Esta nueva lectura sobre la labor de este tipo de

científico social permitió poner de cabeza a la historia —ahora serían objeto de estudio las clases populares, los miembros de las minorías raciales y étnicas, los inmigrantes, ciertas poblaciones ágrafas, entre otros— e implicó un incremento de los perímetros explicativos y de las fuentes empleadas por sus practicantes —de la mano de Fernand Braudel se habló del tiempo medio y largo de la historia y lo que antes era tenido por efímero y cotidiano (entonces insignificante) se hizo historizable—.

Pese a ello, y volvemos aquí a los ojos y preguntas interesadas de las historiadoras cuestionadas por esa nueva ola de feminismo que batallaba por demostrar los ejercicios de poder dispuestos sobre los cuerpos femeninos en los espacios privados e íntimos (Ergas, 1993; Coontz, 2011 y Miguel, 2015) —y no solo en los público-políticos como se había encargado de resaltar la ola de movilización finisecular predecesora (Evans, 1980; Vicinus, 1985 y McMillan, 2000)—, las mujeres seguían apareciendo —o desapareciendo— en el segundo plano de las obras de los practicantes renovadores del oficio. Parafraseando a V. Woolf, quizá el primer descubrimiento de esa(s) mujer(es), al disponerse a escribir —la nueva historia—, fue que no había una construcción lista para ella(s) (2012, p. 98).

Ciertamente, la selección de los hechos del pasado elaborada por los historiadores contestatarios seguía favoreciendo lo masculino: eran los actos y ámbitos de los varones los que eran considerados por ellos como los más relevantes para la marcha social, los fundamentales para la humanidad —por ejemplo, usando aquí las categorías de análisis de Silvia Federici (2013), ellos reconstruían minuciosamente las formas del trabajo productivo, pero no pronunciaban palabra alguna sobre el reproductivo—. Así pues, aún entre los textos renovadores, las mujeres y lo femenino eran asentados por descontado en lugares de subordinación, en ámbitos que parecían permanecer inamovibles frente al paso de los siglos, en los mismos estereotipos y a la sombra de donde ocurría el movimiento y el cambio social.

Las iniciadoras de la historia feminista de las mujeres vislumbraron entonces, no sin decepción, que tanto los libros clásicos como los renovadores de la disciplina no podrían ayudarles a explicar cómo se había originado la subordinación de la mujer ni a recuperar la presencia de ellas en el pasado porque, pese al esfuerzo metodológico que en los más innovadores se había hecho para develar una serie de otras posturas políticas implícitas, en todos ellos prevalecía una concepción androcéntrica de la historia¹. Claro está, recuperando aquí a Teresa de Lauretis

1 Esta concepción “[...] propició que la historia haya sido considerada desde la óptica masculina, dentro de un sistema de valores masculinos que ha tomado ciertos acontecimientos, procesos y movimientos como dignos de un análisis histórico y que ha excluido o ignorado otros por entender que son accesorios o de nula incidencia histórica. De este modo, la negligencia de los historiadores surge de sus ideas en torno a lo que constituye la materia de la ciencia histórica” (Nash, 1984, p. 17).

y su uso analítico de las tecnologías del género, la conciencia crítica de estas historiadoras sobre la posición de la mujer en la historia no era el resultado sino la condición del proceso que iniciarían. En tal contexto, avaladas por las exigencias y por la lectura de las relaciones de poder entre los sexos que enarbolaba la movilización feminista, estas historiadoras se encargaron de hacer la investigación requerida para demostrar que la experiencia histórica de las mujeres era distinta que la de los hombres —no subsumida a las condiciones étnicas o de clase que compartían con ellos y, de hecho, encuadrada por el lugar de subordinación hacia lo masculino que se les otorgaba—. Para evitar las derivaciones automáticas que podría hacerse de este talento crítico a partir de los derroteros de las corrientes renovadoras y recordar más bien las batallas epistemológicas dadas en tal coyuntura, Joan Scott recuerda:

[...] no había nada inevitable en que la historia de las mujeres surgiera de la historia social. [...] mientras que los historiadores (hombres) celebraban los impulsos democráticos de la clase trabajadora naciente, los historiadores de las mujeres señalaban las jerarquías de género. No solamente corregimos la ausencia de las mujeres en la historia del trabajo [...] asimismo, ofrecimos una crítica sobre las formas en que los historiadores del trabajo reproducían el machismo de los sindicalistas. (2006, p. 49)

Con tales objetivos en mente, desde finales de los años sesenta y hasta inicios de los ochenta, las historiadoras feministas de las mujeres lograron productos investigativos de alta calidad. Con ellos forjaron una serie de herramientas metodológicas y conceptuales que permitirían en el mediano plazo análisis cada vez más profundos y complejos. Estas historiadoras nos enseñaron, en primer lugar y para recuperar aquí sus legados más vitales, que era un error hablar de una monolítica condición de ‘mujer’ en el pasado: que más bien se requería visualizar la situación económica, etaria, étnica, religiosa, geográfica, temporal, y todo un largo etcétera de parámetros conformadores de la existencia de un sujeto para —con cautela— aproximarse a la definición de la experiencia de una mujer de otros tiempos². Derivó desde entonces claro que la condición de mujer se interseca con otros determinantes de jerarquía y que por fruto de ello no resultaría extraño que en los archivos pudiera encontrarse que algunas mujeres ejercieron dominación

2 Posiblemente la obra más refinada que da cuenta de la cristalización de esta premisa de análisis dentro de la corriente, y que seguro fue también animada por los debates que en las siguientes décadas —como veremos— plantearían dentro del feminismo tanto el feminismo negro, como el lesbofeminismo y el decolonial, es el libro de Natalie Zemon Davis, *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII* (1999). Con una robusta investigación de fuentes primarias, Davis logra demostrar las diferencias y semejanzas que existieron entre las vivencias de tres mujeres de ciudad de más de sesenta años, hijas de comerciantes y artesanos, habitantes de los territorios de Francia y los estados alemanes, quienes profesaban distintas religiones en el siglo XVII. La autora teje con sutileza las diferencias, así como la situación de poder, nada sobredeterminada, de cada una de las protagonistas.

sobre muchas más, que los esperados lazos de identificación con los miembros del mismo sexo estuviesen realmente rotos y que, por el contrario, aparecieran mucho más fortalecidas las lealtades hacia los integrantes de la misma clase o grupo étnico sin importar que estos fueran varones. Se dedujo entonces que era más seguro, más cercano a la realidad, hablar de la historia de las mujeres; así, en plural.

Ahora bien, el trabajo por hacer requería creatividad para dejar de lado las hipótesis simplistas recurridas hasta entonces (por ejemplo, la que sostenía la perfecta separación del mundo público del privado en el pasado), al igual que una perspectiva amplia para proponer una nueva labor con las fuentes. Esta ampliación fue un paso fundamental para dar posibilidad a este campo de estudios, en tanto los historiadores más ortodoxos insistían en decir que en los archivos no se encontraban huellas de mujeres lo que justificaba su ausencia en los libros (Scott, 1991). Diarios personales, correspondencia, la literatura de cada época, lecturas entre líneas, registros gráficos de distinto tipo, campañas para recuperar archivos familiares y personales olvidados, entre otros insumos, fueron recurridos como testigos válidos de otros tiempos (Perrot, 1991; Perrot, 2008, pp. 13-49). Tal recuperación fue acompañada de una robusta crítica de las fuentes, una estrategia con la que se sopesaba la intermediación de escribanos o el alcance de los discursos predictivos (Lerner, 1975).

Sobre esa base y método de trabajo, comenzaron a surgir reconstrucciones de la vida cotidiana de campesinas, obreras, señoras feudales, damas del Renacimiento, monjas, beatas, institutrices, matronas, revolucionarias, burguesas, escritoras anónimas y tantas más con cuyos rastros situados y enraizados en determinada época —y casi siempre en Occidente— se empezó a ampliar el rango de cubrimiento de la condición humana que la historia hasta entonces había logrado (Gordon, Buhle y Schrom, 1976). Pero tales hallazgos, más allá de un rol de simple erudición y complementariedad del inventario existente, tuvieron hondos frutos analíticos. Por ejemplo, Gerda Lerner (1969), Joan Kelly (1990), Joan Scott y Louise Tilly (1984), con base en minuciosas investigaciones, plantaron la duda sobre los efectos diferenciados que los cambios o rupturas en el trasegar de una colectividad (como las revoluciones, las guerras, las modificaciones en los modos de producción, las rupturas de la matriz de comprensión del mundo, etc.) generaban en la vida de las mujeres. Hablar de una cronología sociopolítica dispar para cada grupo de género, sin duda, invocaba una posición heterodoxa con respecto al discurso de la Modernidad y el de la democracia liberal.

Pero eso no era todo. Las historiadoras de este primer momento, en consonancia con su identificación feminista, no dejaron de lado la preocupación por el pasado y el presente de la opresión de la mujer. Existió un genuino interés por

entender cómo la dominación del hombre sobre la mujer se establece, adapta, muta y se mantiene a lo largo de los siglos. En tal contexto G. Lerner propuso hacia mediados de la década del setenta la categoría de patriarcado para referirse, como bien lo señala Carmen Ramos, a “la manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y los niños en la familia”, entendiendo por extensión que tal dominio es la causa principal de la opresión de la mujer y que este se ha constituido históricamente (condición que permite pensar que, asimismo, gracias al proceso histórico, puede acabarse) (Ramos, 1991, pp. 15-16). La categoría motivó la realización de múltiples estudios interesados por desentrañar los mecanismos de la dominación masculina. Tal inmersión tuvo en todo caso resultados paradójicos: más que ratificar la categoría de patriarcado, permitió complejizar la lectura de las relaciones de poder establecidas entre hombres y mujeres.

Investigación tras investigación pudo notarse que el dominio era menos unidireccional de lo esperado, menos monolítico, y que en consonancia era necesario dudar de los discursos predictivos y míticos. Se desestabilizaba así aquel imaginario victimizante que ubicaba a las mujeres en una condición de estable subordinación y de desposesión de los medios fácticos de poder en todo el pasado; un imaginario contraproducente que acababa señalando que ante la dominación ellas siempre aparecían sin capacidad para ofrecer resistencia y que, de hecho, no procurarían hacerla como resultado de la interiorización y aceptación del lugar social secundario que se les había asignado. En resumidas cuentas, adelantando pasos en la investigación, se señaló que era necesario hacer más dúctil la categoría de patriarcado para dejar espacio y pensar la capacidad de acción de las mujeres, cosa que permitiría dar cuenta del repertorio de estrategias desarrollado por ellas para afrontar mundos androcéntricos³. El análisis de esa microfísica del poder les enseñó también que debían cuidarse de no aplicar ideales de cambio social del presente en el pasado (Bock, 1991) y de no simplificar la subordinación femenina a un único factor —lo que facilitaría, en palabras de Sheila Rowbotham (Morgan, 2006), pensar otro tipo de relaciones entre hombres y mujeres, así como dimensionar la estatura de los desafíos afrontados por estas últimas en contextos particulares—.

3 Serían buen ejemplo de estas miradas a contrapelo y desmitificadas las investigaciones de N. Z. Davis (1990) y de Carroll Smith Rosenberg (1996). La primera de ellas ha revelado la capitalización (en términos contrahegemónicos) por parte de las mujeres de la no tipificación penal de sus actos de rebeldía —al considerarlas no racionales— y la inversión simbólica de los roles sexuales que aparecen en resistencias campesinas tumultuarias en territorios europeos entre los siglos XVI y XVII. Por su parte, Smith ha denotado las redes de afecto, cuidado y conocimiento tejidas por mujeres pertenecientes a familias de clase media de los Estados Unidos, entre 1760 y 1880, con las que ellas enfrentaban el duelo, la violencia doméstica o los cambios vitales.

La historia feminista de las mujeres llegaba así a poco más de una década de trabajo. Usando sólidas herramientas metodológicas y analíticas, construidas en la lectura compartida y asistida teóricamente, develaba los puntos ciegos de la historia —de la vieja y la nueva—. Tal fue la calidad de sus logros que aquel escéptico de los alcances del movimiento de liberación sexual que fue Eric Hobsbawm (2010), retractándose de la resistencia que había mostrado a esa historia, en 1978 aseveró: “Las mujeres han señalado con frecuencia que los historiadores, incluyendo a los marxistas, han olvidado siempre a la mitad femenina de la raza humana. Esta crítica es justa y reconozco que cabe aplicarla a mi propio trabajo” (citado en García, 1994, p. 9).

2. La cristalización de una categoría para el análisis social: el género y la ampliación —en tensión— de los horizontes temáticos

Para la segunda mitad de los años setenta las historiadoras feministas de las mujeres estaban cosechando los frutos de las dudas epistemológicas que, en su disciplina en particular y en las ciencias sociales en general, sembraron al abrigo de la militancia política y de la inspiración ideológica del feminismo. Sin embargo, aunque reconocida por sus evidencias académicas, su voz crítica no había logrado modificar el oficio de la mayoría de los historiadores, no había penetrado en la matriz analítica auspiciada por la disciplina. Notando estas resistencias, y forjándose al calor de los debates sostenidos por sus gestoras, fue haciéndose claro que era necesario dar un salto explicativo para alcanzar a observar la trama sociocultural que entregaba, en cada sociedad y época, determinadas funciones, roles y características a las mujeres. Resultó así claro dentro de esta corriente de estudios que para procurar el progreso de su agenda académica ya no se requería recuperar un mayor número de presencias de mujeres en el pasado: se reconocía que ellas habían tenido una experiencia histórica distinta a la de los varones contemporáneos y a la de las mujeres del presente, pero hecho ese inventario ahora era necesario entender cómo esas mujeres del pasado habían llegado a ser tales para sus sociedades, esto es, era necesario entender cómo se había constituido esa designación y experiencia femenina de lo humano.

La historiadora estadounidense Natalie Zemon Davis propuso entonces, en 1976, que el nuevo objetivo de la historia feminista era:

[...] entender el significado de los sexos, de los grupos de género en el pasado histórico. Nuestro objetivo es descubrir la variedad que existe en los roles sexuales y en los simbolismos sexuales en diferentes sociedades y periodos, para averiguar qué significado tenían y cómo funcionaban para mantener el orden social o para promover su cambio. (Davis, 1976, p. 90)



Si se había dicho que la clase y la raza eran construcciones socioculturales con las que se entregaba determinadas funciones y tratamientos a los sujetos sin que tal asignación respondiera a una jerarquía natural de lo humano, el género —como categoría analítica— también desnaturalizaba (esto es, asumía que no provenían de la biología) los comportamientos ostentados por hombres y mujeres. Se estipuló así que cada sociedad construye proyectos de masculinidad y feminidad que son exigidos a los cuerpos sexuados y que la repetición de tal exigencia es tan constante que llegan a confundirse con asuntos de la naturaleza.

Cabe advertir en todo caso que esa recién cristalizada categoría de género, que resultaría útil tanto para auspiciar nuevas preguntas para la investigación como para repensar los derroteros del cambio social, no fue el resultado de una sola mente y momento. Para comprender la historicidad del género resultaron fundamentales los ángulos de inmersión social aconsejados por el posestructuralismo, campo al que se habían acercado varias historiadoras feministas en medio de su adscripción a centros de estudios interdisciplinarios. Este fue el caso de Joan Scott y Denise Riley (Morgan, 2006), quienes tuvieron contacto con la mirada crítica propuesta a finales de los años setenta por Michel Foucault y Jacques Derrida con respecto a la interacción que existe entre lenguaje, realidad y poder.

En efecto, el giro lingüístico en las ciencias sociales señaló que el lenguaje surge de y se inscribe en la realidad, lo que le entrega a este un papel ordenador y creador de la misma. Esto implicó, en palabras de Román de la Campa (2009, p. 75), una verdadera revolución textual pues suponía un desmonte del orden discursivo hasta ese momento pensado, uno que indicaba que el lenguaje era externo al contexto específico que lo emplea. En adelante se llamaba a desentrañar el sentido, el significado, que se encontraba detrás del signo. Se reconocía de esta manera que las palabras no pertenecían a un mundo objetivo de la comunicación humana, sino que a través de ellas fluyen representaciones que son constituidas por la sociedad que usa tales signos y que, además, por tal medio también circula el poder. Advirtiendo esta última función social, se llamaba a constatar que el lenguaje no solo nombra: a través de las palabras y discursos se ubica a los sujetos en determinados lugares sociales haciendo que se produzca, transmita o refuerce el poder (Bliss y French, 2006). En 1988 Joan Scott ya elaboraba una conjunción entre tal matriz analítica y las reflexiones sostenidas al interior de la historia feminista de las mujeres en los siguientes términos:

[...] el asunto no es más sobre las cosas que les ha pasado a las mujeres y a los hombres y sobre cómo ellos han reaccionado a ellas; más que eso es sobre conocer cómo han sido contruidos el significado subjetivo y colectivo de hombres y mujeres en tanto categorías identitarias. (Citado en Morgan, 2006, p. 13)

En sintonía con ello, en su afamado texto sobre la utilidad analítica de la categoría de género, Scott animaba a entender a ‘hombre’ y ‘mujer’ como categorías vacías y a punto de desbordar: “vacías porque no tienen un significado fundamental y trascendente; y a punto de desbordar porque aunque den la impresión de ser categorías fijas contienen aún en su interior definiciones alternativas, desmentidas o suprimidas” (Scott, 2008, pp. 73-74). Los estudios históricos feministas iniciaban así una nueva etapa a mediados de los años ochenta: proponían 1) desesencializar la feminidad —desplazando aquella concepción que la asumía como un comportamiento debido a una respuesta orgánica—: 2) verificar cómo esta se constituía a través de un binarismo relacional con lo masculino (Kelly, 1983, p. 133) y, con base en ello, 3) pensar los insumos que se requerían y los lugares estratégicos que se debían tocar en las diferentes matrices socioculturales para habilitar cambios en los tratamientos dados a las mujeres. A decir de Nerea Aresti (2010):

[...] la historia demuestra ser en este campo, al igual que en muchos otros, una herramienta epistemológica indispensable para desenmascarar el carácter mutable y contingente de los sexos, y particularmente útil para el abandono de una concepción de los cuerpos como portadores de esencias inalterables. (p. 13)

Ahora bien, el cambio en el objetivo de esta corriente de estudios también desencadenó una ampliación en los objetos de investigación: se requería de contextos más robustos para poder identificar esos significados que —parafraseando a F. Braudel (1970, pp. 70-73)— harían parte de las estructuras de lo impensado, se necesitaba desnaturalizar el cuerpo y el sexo para demostrar que esas supuestas figuras naturales y estables sí tienen historia —cosa que podía evidenciarse con una inmersión en los discursos predictivos y al problematizar la forma en que entendemos nuestros propios cuerpos (Scott, 2008b; Butler, 2007)— y, por supuesto, suponía estudiar la contraparte masculina de la diada de género. Aunque el nuevo programa investigativo fue ampliamente acogido, no quedó de lado una problematización sobre los efectos políticos que suponía esta decisión epistemológica.

Autoras como Judith Bennett (2006, p. 64) pronto señalaron los riesgos de caer, por esta vía de construcción del conocimiento, en abstracciones que hablaran muy poco de la realidad histórica. Al concentrarse en el lenguaje, denotaron, los investigadores pudieran enfocarse solo en el entramado de símbolos y metáforas dejando de lado la experiencia de subordinación de la mujer —que era el impulso motivador de la historia feminista—. Como respuesta a ello se proyectó un programa conjunto de trabajo en el que, además de arrojar luz sobre la vida material de las mujeres, se lograra identificar cómo ellas fueron constituidas como colectividad en el momento estudiado. Por ese camino, los significados atribuidos a ellas, que se



develarían mediante la segunda operación, podrían dar una explicación más profunda sobre las asignaciones y tratos hallados con la primera (Scott, 2008b, p. 105).

Una segunda crítica versó sobre el fin del nervio político de la historia feminista de las mujeres por la acogida de la categoría de género, esto en tanto ya no se ponía en el centro a las relaciones de poder institucional o personal de los hombres que, en el pasado de sociedades patriarcales, subordinaban u oprimían a las mujeres (Purvis y Weatherill 2006). La respuesta a esta segunda crítica conllevó a denotar que el género es entendido, ante todo, como “una forma primaria de relaciones significantes de poder”, una con la que se constriñe las formas de ser de hombres y de mujeres. En consecuencia, se anotó que en el centro de la reflexión aparece la relación de poder establecida entre los sexos y entre la norma y la actuación de los sujetos —por ejemplo, al presentarle atención a las disciplinas ejercidas sobre los cuerpos— (Scott, 2008). Así pues, el análisis político no se aplazaba, si se quería, se hacía más fino al vislumbrar formas naturalizadas y cotidianas de creación y mantenimiento de la subordinación. Por último, una tercera crítica señaló que aún existía muy poca información sobre las mujeres y que el estudio en clave de género dispersaría los esfuerzos (Purvis y Weatherill, 2006). En respuesta a ello se anotó la situación relacional en la que habitan y son construidas socialmente las mujeres (Kelly, 1983) y se recordó, además, que no ha sido ajeno a las ciencias sociales estudiar cómo se constituye y actúa el dominante para comprender las experiencias, posibilidades y logros del subordinado (Harvey, 2005).

Los resultados investigativos de la historia feminista de género que articulaban esas prevenciones, así como el uso cada vez más refinado de las herramientas metodológicas desarrolladas desde la primera etapa, permitieron amainar el debate que llegó a acusar al nuevo enfoque de reaccionario. No obstante, la gestión de la tensión epistemológica originada por esta nueva categoría, dentro de los estudios feministas se sostenía otra discusión que también giraba en torno a las consecuencias políticas de los énfasis sostenidos por la corriente de investigación más visible: un debate que supondría nuevas exigencias para la reflexión.

Ciertamente, tanto el feminismo negro (Davis, 1981, pp. 11-37; Hooks, 2004), como el lesbianismo (Morgan, 2006, pp. 19-20) y el feminismo poscolonial (Bidasaca, 2009; Mohanty, 2008; Rivera, 2006) recalcaron que era necesario desestabilizar como el faro de la inmersión intelectual feminista a la experiencia vital y a las luchas de las mujeres blancas heterosexuales ubicadas en el Norte global; una ruta, hasta ese momento predominantemente transitada, que acababa por universalizar la condición y aspiraciones políticas de tales mujeres por medio de la invisibilización de las ‘otras’. Esta crítica, realizada desde los márgenes de Occidente, llamó a 1) observar la interdependencia de opresiones que operan sobre las mujeres —y no necesariamente con una fórmula aritmética (Viveros, 2017)—; 2) a verificar con

casos concretos si toda cultura de género está atravesada por la tajante inequidad hacia lo femenino observable en la matriz blanca —debido a la ubicación que en ella se hace de la mujer en el espacio doméstico— y, en consecuencia, 3) a notar las formas, posibilidades y resistencias adelantadas por las mujeres en diferentes encuadres —acciones que bien podrían no reducirse o no contemplar la búsqueda de equidad con los varones, que sería la causa política privilegiada por el feminismo blanco— (Hernández, 2008; Segato, 2010). Los requerimientos de tales posicionamientos hicieron que los historiadores feministas de las mujeres y del género imprimieran mayor rigor en la especificidad de la reconstrucción, impidiendo que se dejara al contexto y a las múltiples relaciones estructurales de poder allí tejidas como simples telones de fondo intercambiables⁴. Se estableció así una investigación más demandante e incisiva.

A principios del siglo XXI el riesgo pareció provenir, paradójicamente, del éxito e institucionalización de esta área de investigación. La artesanía preciosista era desplazada por el artefacto en serie, “la fábrica estaba despierta, empezaban las máquinas” (Woolf, 2012, p. 123). La historia feminista de las mujeres y del género podía perder —por fruto de la corrección política interesada de las universidades— su estatus crítico y caer, a consecuencia del aire de moda que le impregnó, en manos de practicantes poco interesados en sus debates y en la caja de herramientas que por décadas había afinado para crear fisuras problematizadoras en las ciencias sociales. Tal vez el antídoto ante ese momento paradójico y simultáneo de “triunfo de la crítica y su abandono” (Scott, 2006, p. 37) fue, y sigue siendo, el ejercicio de una vigilancia epistemológica rigurosa que verifique si la investigación que se tiene entre manos ayuda o no al avance de una agenda feminista crítica. Una revisión que se aconseja más demandante en los nuevos frentes de trabajo que ya no están formalmente centrados en las mujeres.

3. La inmersión en la contraparte constitutiva del binarismo sexual: la historia de las masculinidades

Pero, cabe preguntarse ahora, ¿las herramientas analíticas, conceptuales y metodológicas desarrolladas por la historia feminista se encontraban confinadas a dar fruto solo en la labor investigativa aplicada a la condición de las mujeres? o ¿acaso podían servir como elementos clave para lograr la inteligibilidad de otras situaciones asociadas con el género en las que ellas no figuraran como protagonistas? En palabras más

⁴ Los avances al respecto en la historia de las mujeres en América Latina son notables, véase como ejemplo de ello: Arrom, 1985; Barrancos, 1991; Cano, 2010; Cano, Vaughan y Olcott, 2009; Fowler-Salamini y Vaughan 1993; Porter 2008; Sluis 2010.



concretas ¿será que la historia feminista de las mujeres y del género proveerá de los eslabones que se requerían para abrir caminos hacia la dilucidación de la historia de los hombres y de los sujetos de la diversidad sexual en tanto sujetos del género? La respuesta no puede ser otra más que afirmativa.

Como mencionábamos antes la categoría de género, bajo sus demandas de análisis relacional, habilitó nuevos frentes para la investigación desde la historia. Entre esos nuevos filones de exploración se encontraba el estudio de la masculinidad, entendido como la inmersión en las construcciones hechas en el pasado de los significados y los comportamientos asignados a los hombres en una determinada estructura de género. Con anterioridad, ya se habían dado algunos acercamientos a la materia, pero no se hacían con el análisis de la dinámica de poder alentado por las historiadoras feministas. Tal y como señala Víctor Macías-González (2017), ya para los años sesenta podemos encontrar estudios enfocados en la virilidad, es decir estudios que se centraban, por una parte, en el rastreo y análisis de los discursos predictivos —aquellos que demarcan las exigencias que se disponen sobre los comportamientos y los cuerpos de los hombres— y, por otra, en las formas en que estos sujetos externalizaban el cumplimiento de tales requisitos con la finalidad de preservar o hacerse al estatus social privilegiado asignado usualmente a lo masculino. En esas revisiones quedaban todavía por fuera la comprensión de las relaciones y tensiones que entablaban los hombres entre ellos y con las mujeres a partir de tales imaginarios. Por esa vía se escapaba del foco de análisis, primero, la situación de poder que se desarrollaba en los sujetos a partir del cumplimiento o no del discurso predictivo identificado por el historiador y, segundo, el reconocimiento de que tal marco de comportamiento —casi siempre— provenía de una proyección de las formas de socialización de las élites —lo cual no significaba que se lograra materializar plenamente en la realidad ni que fueran moldes aceptados pasivamente por los grupos subordinados—.

Ahora bien, una relectura más crítica en términos políticos de la situación proponía evidenciar la situación de poder que surgía de las exigencias realizadas por la masculinidad, empezó a configurarse por fuera de la academia en espacios que eran alentados por el movimiento de liberación sexual —auspiciado a su vez por el feminismo—. En Estados Unidos y Europa occidental surgieron a partir de 1969, primero, grupos de autoconciencia de varones que reflexionaban en torno a los problemas afrontados por los hombres blancos de clase media debido a los roles de género en funcionamiento y, después, grupos de activistas de los

derechos de los hombres homosexuales que externalizaban su experiencia de exclusión⁵. Ya para 1976, según nos enseña Macías-González (2017), surgirían los primeros cursos formales de estudios sobre la masculinidad en la Universidad de California (Berkeley), y para mediados de los años ochenta tales iniciativas serían acogidas por las universidades de la costa oriental de Estados Unidos. Así pues, podríamos decir que junto a la cristalización de la categoría de género se consolidaron los estudios de la masculinidad.

Valga la pena anotar aquí que algunas feministas no estuvieron de acuerdo con esta iniciativa de ampliación temática de la reflexión, pues sentían que los estudios de la masculinidad volvían a dar prioridad al hombre, de quien ya se tenía basta información en las ciencias sociales. El debate fue más o menos zanjado cuando se demarcó que en realidad no existían mayores profundizaciones en la experiencia de los hombres en tanto sujetos del género, esto es, en tanto seres a los que la sociedad les asigna determinados roles, funciones, demandas y poderes a partir de las lecturas que se hacen de su sexo biológico. En el caso de la historia, para la cimentación del campo de estudios, resultaron fundamentales los aportes de George Mosse y R. W. Connell⁶.

Mosse, historiador alemán que se autodefinía como doble excluido por su condición de judío y homosexual, contribuyó desde 1980 a dar forma a la historia del cuerpo y la sexualidad desde la perspectiva de la historia cultural. Este autor se mantuvo atento a la configuración de las sociedades de masas y en particular se interesó por identificar los símbolos y los sentimientos que han nutrido las corrientes ideológicas de los modernos estado-nación (Nye, 2004). Señaló que los cuerpos, en especial los masculinos, son utilizados para mostrar los ideales paradigmáticos que mantiene una sociedad y también para delimitar la otredad. Su obra se concentró entonces en especificar los ideales occidentales de masculinidad y en entender cómo los cuerpos masculinos han sido utilizados simbólicamente para nacionalizar las masas (Mosse, 1996). Verificó así la transformación

5 Fueron representativos de las reflexiones que se generaban en ese entorno el escrito de Carl Whitmann *A Gay Manifesto* de 1969 (Aresti, 2010, p. 13), el texto de Jonathan Katz *Gay American History* de 1976 (D´Emilio, 1992) y los libros más académicos de Jeffrey Weeks (1977; 1989); todos estos eran escritos en los que se mantenía un ánimo movilizador de las identidades de la diversidad sexual —reconociendo la alteridad en la que se les ubicaba—.

6 La sociología tal vez ha sido la ciencia social que más interés ha prestado al estudio de la masculinidad —las obras de Anthony Giddens, Pierre Bourdieu o Norbert Elias son indicativas al respecto—. A decir de Mara Viveros, la pérdida de centralidad de la clase obrera como clave analítica de inteligibilidad social fue lo que permitió a esa ciencia crear nuevas preocupaciones y teorías, y entre ellas aparecería esta inexplorada temática (Viveros, 2002, p. 57). En el caso de América Latina, si bien en principio los estudios sociológicos versaron sobre el machismo y se adelantaron con una mirada descriptiva, es notorio que hoy contamos con lecturas cada vez más alimentadas de la teoría y menos estereotipadas en sus propuestas temáticas.



del ser humano en símbolo y advirtió la feminización discursiva de los enemigos —ya fueran estos de clase, los propios de las guerras civiles o los creados en contextos coloniales—. Sus sugerencias aún trascienden en la mirada de los estudiosos interesados por el nacionalismo en otros contextos (Aresti, 2016; Irwin, 2003).

Pero si con Mosse empezó a surgir la alusión hacia la existencia de un modelo ideal de masculinidad con el que se sometían los cuerpos, el deseo y el comportamiento de los varones, la socióloga australiana R. W. Connell hizo el cruce de tal sugerencia con la atención a la riqueza situacional que había sido demarcada como punto a considerar por la historia feminista de las mujeres. Connell (2000; 2003) señaló que en los estudios de la masculinidad era necesario observar, primero, que en verdad no existía un parámetro transcultural y transhistórico de masculinidad: culturas diferentes y periodos de historia diferentes construyen también de forma diferente lo masculino; segundo, que en cada sociedad en un mismo tiempo nos encontramos con varias concepciones de lo masculino —varias masculinidades— y cada uno de esos marcos aglutina exigencias de comportamiento económico, sexual, laboral, corporal y hasta religioso para los varones —ellos, respondiendo a su respectiva adscripción socioeconómica, se sienten o no interpelados por tales abstracciones—; tercero, que estos modelos de lo masculino se organizan de manera jerárquica entre ellos teniendo como referente de lo deseable al modelo de masculinidad proyectado desde las sociabilidades de las élites, uno que es usualmente afianzado por el discurso nacionalista —esa fórmula es tomada como naturalmente superior y analíticamente será identificada como ‘masculinidad hegemónica’—; y cuarto, que era importante notar que estos marcos funcionan como proyectos que aspiran ser satisfechos por los varones, pero que ellos nunca logran cumplirlos a cabalidad, razón por la cual surgen ‘masculinidades cómplices’ (las que se disponen a alcanzar el ideal esgrimido) y ‘masculinidades subordinadas’ (las que ostentan aquellos que no logran cumplir con el parámetro impuesto por la masculinidad hegemónica, razón por la cual sufren ejercicios directos o velados de exclusión o violencia).

Usando estos elementos conceptuales de respaldo, durante los años noventa y la primera década del siglo XXI se adelantaron investigaciones tanto en el campo de la historia social como en el de la cultural. Las diferentes aproximaciones interesadas en las representaciones culturales del cuerpo masculino y sus efectos en términos de poder han modelado una matriz analítica que, entre otros elementos, apunta:

1. La masculinidad funciona como un sistema de parámetros que no se concentra únicamente en los asuntos corporales que deben cumplir los varones; incluye requisitos de independencia del núcleo familiar, tipo de vinculación laboral y participación en la esfera pública y en espacios homosociales. El trabajo de los historiadores de la masculinidad implica pues bosquejar tal sistema aplicando además un criterio interseccional etario, uno que informa que es posible que 1) en cada generación varíe el factor al que se le da más

importancia como determinante del cumplimiento de las exigencias de la masculinidad y que 2) seguro esas selecciones etarias también variarán de acuerdo con la adscripción de clase (Tosh, 1994).

2. Tal referente de organización social se cruza en la realidad con otros determinantes de estatus, es decir con datos de clase, etnia, localización geográfica y orientación sexual. Por esta vía resulta claro que los sujetos no tienen garantizado un lugar de poder incontestado solo por ser varones —cosa que el feminismo negro ya había hecho percatar—. Para no abrumarse en la complejidad de la estructura social, y esto aplica también para el seguimiento del anterior parámetro, es necesario que el historiador decida el sujeto a estudiar y se proponga obtener gran precisión en la ubicación de su posición social —entendiendo que este sujeto creará también identidad mediante la alteridad que establece con hombres ubicados en otras situaciones sociales— (Aresti, 2010, pp. 7-31).
3. Para comprender el lugar privilegiado que tiene lo masculino heterosexual en la mayoría de las situaciones y organizaciones sociales es necesario observar más allá de la coerción explícita que este puede ejercer sobre lo femenino y sobre los cuerpos y deseos sexoafectivos heterodoxos (Ellis y Meyer, 2009). Esto implica mayor creatividad en los lugares sociales que se analizan y mayor rigor en la deconstrucción de los discursos.
4. Los cambios en las masculinidades no necesariamente siguen la temporalidad de los cambios verificados en la historia política o económica de una sociedad (Harvey y Sheppard, 2005).
5. El modelo de masculinidad hegemónica interactúa con aquellos sujetos que aparecen en condición de subordinación, no existe una sobredeterminación de su parte: es inestable y también sufre resistencias (Tosh, 1994).
6. En lo posible se debe profundizar en la experiencia subjetiva que tienen los individuos sobre sus propios cuerpos y deseos, lo que permitirá develar la severidad de las disciplinas dispuestos sobre ellos (Viveros, 2002, p. 102).

La historia de las masculinidades permitió verificar que el género no es una construcción que tenga por objeto solo a las mujeres y facilitó comprender que ámbitos tales como la política, la milicia o la academia están atravesados por los códigos e imaginarios de esa construcción —era pues necesario observar los canales de alimentación—. En América Latina las investigaciones vinculadas a la historia de la masculinidad son aún novedosos y queda buen campo por explorar, trabajo prioritario por hacer si tenemos en cuenta la forma en que esta puede facilitar la ubicación de estrategias para el cambio en culturas de género misóginas.

Por último, cabe mencionar aquí que el interés investigativo por las masculinidades

subordinadas echó luz sobre los asuntos relacionados con la normalización de los deseos y los cuerpos. De hecho, la historia de la diversidad sexual ha resultado exitosa al demostrar la construcción histórica de la heterosexualidad obligatoria (Boswell, 1994; Cleminson y Vásquez, 2011) y develando a los heterodoxos como sujetos con historia, esto es, con agencia y socialización (Chauncey, 1994; Acha, 2004; Huard, 2014). Por esa vía la historia feminista ha vuelto a derrocar viejas fábulas.

4. Conclusión

Adrienne Rich ha dicho que los estudios de la mujer han sido salvajes y pacientes a la vez: “salvajes en sus ambiciones, pacientes en la manera como han llevado a cabo esas ambiciones” (Citado en Stimpson 2005, p. 302). Los estudios feministas, en los que se incluye la historia feminista de las mujeres, del género y la diversidad sexual, responden a una empresa interdisciplinaria que ha cuestionado aquella organización social que con tono de certeza reclamaba que lo masculino y lo heterosexual son naturalmente superiores; mitos de jerarquía que con la petulancia de ser incontestados engendran acendradas y violentas desigualdades. La paciencia de las mentes críticas y manos laboriosas de estos estudiosos se recompensa en que hoy la agenda de esta forma de construcción de conocimiento goza de centralidad en el debate académico y que muchos de sus llamados deban pasar en el corto plazo, para evitar la ampliación de formas de violencia que corroen la vida en dignidad de importantes contingentes poblacionales, a ser tratados como asuntos de estado. Así, los aprendices del área son llamados a unirse a ella bajo certezas y creatividad: certeza de las herramientas con las que se interpeló e interpela a las ciencias sociales y creatividad para ampliar productivamente tales dudas.

Referencias y bibliografía consultada

- Acha, O. (2004). Amoraless, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer Peronismo (Buenos Aires, 1943-1955). *Trabajos y comunicaciones*, (30-31), 217-261.
- Aresti, N. (2010). *Masculinidades en tela de juicio. Hombre y género en el primer tercio del siglo XX*. Ediciones Cátedra.
- Aresti, N., Brühne, J. y Peters, K. (eds.). (2016). *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*. Comares.
- Arrom, S. (1985). *The Women of Mexico City, 1790-1857*. Stanford University.
- Barrancos, D. (1991). *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos*. Centro Editor de América Latina.
- Bennett, J. (2006). Feminism and History. En S. Morgan (ed.), *The Feminist History Reader* (pp. 59-73). Routledge. (Original publicado en 1989).
- Bidaseca, K. (2009). Mujeres blancas buscando salvar mujeres color café. Desigualdad, colonialismo jurídico y feminismo postcolonial. *Andamios*, 8(17), 61-89.

- Bliss, K. y French, W. (2006). Introduction. En K. Bliss y W. French (eds.), *Gender, Sexuality, and Power in Latin America since Independence* (pp. 1-30). Rowman & Littlefield.
- Bock, G. (1991). La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional. *Historia Social*, (9), 55-77.
- Braudel, F. (1970). *La historia y las Ciencias Sociales*. Alianza.
- Boswell, J. (1994). *Las bodas de la semejanza. Uniones entre personas del mismo sexo en la Europa premoderna*. Muchnik Editores.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Paidós. (Original publicado en 1993).
- Campa, R. (2009). Desconstruccionismo. En R. Irwin y M. Szurmuk (coords.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (pp. 75-79). Instituto Mora y Siglo XXI.
- Collins, P. (2012). Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro. En M. Jabardo (ed.), *Feminismos negros. Una antología* (pp. 99-134). Traficantes de sueños. (Original publicado en 2000).
- Cano, G. (2010). *Se llamaba Elena Arizmendi*. Tusquets.
- Cano, G., Vaughan, M. y Olcott, J. (comps.). (2009). *Género, poder y política en el México posrevolucionario*. Fondo de Cultura Económica - UAM.
- Chauncey, G. (1994). *Gay New York. Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World, 1890-1940*. Basic Books.
- Cleminson, R. y Vásquez, F. (2011). *Los invisibles. A History of Male Homosexuality in Spain*. University of Wales Press.
- Connell, R. W. (2000). *The Men and the Boys*. University of California.
- Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*. UNAM. (original publicado en 1995).
- Coontz, S. (2011). *A Strange Stirring: The Feminine Mystique and American Women at the dawn of the 1960s*. Basics Books.
- Davis, A. (2005). *Mujeres, raza y clase*. Akal. (Original publicado en 1981).
- Davis, N. (1976). "Women's History" in Transition: The European Case. *Feminist Studies*, 3(3/4), 83-103.
- Davis, N. (1990). Un mundo al revés. Las mujeres en el poder. En J. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (pp. 59-92). Edicions Alfons El Magnànim. (Original publicado en 1975).
- Davis, N. (1999). *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*. Ediciones Cátedra. (Original publicado en 1995).
- D'Emilio, J. (1992). *Making Trouble: Essays on Gay History, Politics, and The University*. Routledge.
- Ellis, H. y Meyer, J. (2009). Introduction. En H. Ellis y J. Meyer (eds.), *Masculinity and the Other: Historical Perspectives* (pp. 1-22). Cambridge Scholars Publishing.
- Ergas, Y. (1993). El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta. En G. Duby y M. Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XX. Los grandes cambios del siglo y la nueva mujer (t.X)* (pp. 155-181). Taurus.
- Evans, R. (1980). *Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia, 1840-1920*. Siglo XXI Editores.
- Federici, S. (2013). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Pez en el Árbol. (Original publicado en 2004).
- Fowler-Salamini, H. y Vaughan, M. (eds.). (1993). *Mujeres del campo mexicano, 1850-1990*. El Colegio de Michoacán - Universidad Autónoma de Puebla.
- Gallagher, A. (2001). Introduction. En A. Gallagher, C. Lubelska y L. Ryan (eds.), *Re-presenting the Past* (pp. 1-19). Pearson Education.

- García, A. (1994). *Problemas metodológicos de la historia de las mujeres: la historiografía dedicada al siglo XIX mexicano*. UNAM.
- Gordon, A., Buhle, M. y Schrom, N. (1976). The Problem of Women's History. En B. Carroll, (ed.), *Liberating Women's History. Theoretical and Critical Essays* (pp. 75-95). University of Illinois Press. (Original publicado en 1975).
- Harvey, K. y Shepard, A. (2005). What have Historians done with Masculinity? Reflections on Five Centuries of British History, circa 1500-1950. *Journal of British Studies*, (44), 274-280.
- Hernández, A. (2008). De feminismos y poscolonialismos: reflexiones desde el sur del Río Bravo. En L. Suárez y A. Hernández (eds.), *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 68-111). Cátedra.
- Hobsbawm, E. (2010). Revolución y sexo. *Revolucionarios* (pp. 304-309). Barcelona: Crítica. (Original publicado en 1969).
- Hooks, B. (2004). Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En *Feminismos negros. Una antología* (pp. 33-50). Traficantes de Sueños.
- Huard, G. (2014). *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y París 1945-1975*. Marcial Pons.
- Irwin, R. (2003). *Mexican Masculinities*. University of Minnesota Press.
- Kelly, J. (1990). ¿Tuvieron las mujeres Renacimiento? En J. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (pp. 93-126), Edicions Alfons El Magnànim. (Original publicado en 1977).
- Kelly, J. (1991). La relación social entre los sexos: implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres. En C. Ramos (comp.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer* (pp. 123-141). UAM. (Original publicado en 1983).
- Lerner, G. (1969). The Lady and The Mill Girl: Changes in the Status of Women in The Age ff Jackson. *Midcontinent American Studies Journal*, 10(1), 5-15.
- Lerner, G. (1975). Placing Women in History: Definitions and Challenges. *Feminist Studies*, 3(1), 5-14.
- Macías-González, V. (2017). Apuntes sobre la historiografía de la masculinidad y sus usos para los estudios históricos de género en México. *Navegando*, (7), 55-68.
- McMillan, J. (2000). *France and Women 1789-1914, Gender, Society and Politics*. Routledge.
- Miguel, A. (2015). La revolución sexual de los sesenta: una reflexión crítica de su deriva patriarcal. *Investigaciones Feministas*, 6, 20-38.
- Minello, N. (2002). Masculinidades: un concepto en construcción. *Nueva Antropología*, 18(61), 11-30.
- Mohanty, C. (2008). Bajo los ojos de occidente. Academia feminista y discurso colonial. En L. Suárez y A. Hernández (eds.), *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 112-161). Cátedra. (Original publicado en 1985).
- Morgan, S. (2006). Writing Feminist History: Theoretical Debates and Critical Practices. En S. Morgan (ed.), *The Feminist History Reader* (pp. 1-48). Routledge.
- Mosse, G. (1996). *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity*. Oxford University Press.
- Nash, M. (1984). Nuevas dimensiones en la historia de la mujer. En *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer* (pp. 9-50). Serbal.
- Nye, R. (2004). *Mosse, Masculinity and the History of Sexuality*. En S. Payne (ed.), *What History Tells: George L. Mosse and the Culture of Modern Europe* (pp. 183-201). University of Wisconsin Press.
- Perrot, M. (1991). Haciendo historia: las mujeres en Francia. En C. Ramos (comp.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer* (pp. 66-85). UAM (original publicado en 1989).
- Perrot, M. (2008). *Mi historia de las mujeres*. Fondo de Cultura Económica.
- Porter, S. (2008). *Mujeres y trabajo en la Ciudad de México: condiciones materiales y discursos políticos 1879-1931*. El Colegio de Michoacán.

- Purvis, J. y Weatherill. (2006). *Playing the Gender History Game: A Reply to Penelope J. Corfield*. En S. Morgan (ed.), *The Feminist History Reader* (pp. 124-127). Routledge. (Original publicado en 1997).
- Ramos, C. (1991). La nueva historia, el feminismo y la mujer. En *Género e historia: la historiografía sobre la mujer* (pp. 7-37). UAM.
- Rivera, S. (1996). *Ser mujer indígena, chola o birlocha en la Bolivia poscolonial de los años 90*. Plural.
- Scott, J. (1991). El problema de la invisibilidad. En C. Ramos (comp.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer* (pp. 38-65). UAM (original publicado en 1989).
- Scott, J. (2006). La historia del feminismo. En M. Fernández, C. Ramos y S. Porter (coords.), *Orden social e identidad de género. México, siglos XIX y XX* (pp. 35-62). CIESAS y Universidad de Guadalajara. (Original publicado en 2004).
- Scott, J. (2008). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En *Género e historia* (pp. 48-74). Fondo de Cultura Económica – UACM. (Original publicado en 1986).
- Scott, J. (2008b). Unanswered Questions. *American Historical Review*, 113(5), 1422-1429.
- Scott, J. y Tilly, L. (1984). El trabajo de la mujer y la familia en Europa durante el siglo XIX. En M. Nash (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer* (pp. 51-90). Serbal. (Original publicado en 1975).
- Segato, R. (2010). Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial. En A. Quijano y J. Mejía (eds.), *La cuestión descolonial*. Universidad Ricardo Palma.
- Sluis, A. (2010). ¡Bataclanismo! Or, how Female Deco Bodies transformed Postrevolutionary Mexico City. *The Americas*, 66(4), 469-499.
- Smith, C. (1996). The Female World of Love and Ritual: Relation between Women in Nineteenth-Century America. En J. Scott (ed.), *Feminism and History* (pp. 366-397). Oxford University Press. (Original publicado en 1975).
- Stimpson, C. (2005). ¿Qué estoy haciendo cuando hago estudios de mujeres en los años noventa? *Academia*, 3(6), 301-327.
- Tosh, J. (1994). What should Historians do with Masculinity? Reflections on Nineteenth-Century Britain. *History Workshop*, 34, 179-202.
- Vicinus, M. (1985). *Independent Women. Work and Community for Single Women, 1850- 1920*. The University of Chicago Press.
- Viveros, M. (2002). *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Woolf, V. (2012). *Un cuarto propio*. Colofón. (Original publicado en 1929).
- Weeks, J. (1977). *Coming Out: Homosexual Politics in Britain from the Nineteenth Century to the Present*. Quartet Books.
- Weeks, J. (1989). Movements of Affirmation: Sexual Meanings and Homosexual Identities. En K. Peiss y C. Simmons (eds.), *Passion and Power: Sexuality in History* (pp. 70-86). Temple University Press.
- Zemon, N. (1999). *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*. Cátedra.
- Zinsser, J. (1993). *History and Feminism. A Glass Half Full*. Twayne Publishers.